

mentarme. No ignoras que he sido siempre dadivoso con ellos, como mi padre; pero también como mi padre, hasta ahora les había tratado con altanería. Pues bien; al verles con sus rostros demacrados y sus vestidos andrajosos no pude reprimir el sentimiento de la compasión y ordené que les dieran de comer, hablé con algunos, llamé á otros por sus nombres, pregunté á varios por su mujer é hijos, y esta conducta dió por resultado que se inundaran de lágrimas muchos ojos y que á mi me pareciese ver á Ligia sonriendo de satisfacción y confortándose con palabras de alabanza. ¿Empiezo á perder la razón?; ¿transforma el amor mis sentidos?... No lo sé... pero de continuo experimento la alucinación de hallarme bajo las miradas de Ligia y temo realizar actos que puedan ofenderla, ó siquiera afligirla.

«Si, Cayo; mi alma se ha transformado, y esta transformación unas veces me halaga, otras me tortura, pues temo haber perdido el valor, la energía que me caracterizaba, haberme quedado inepto, no solamente para razonar y divertirme, sino también para hacer la guerra. Decididamente hay en todo esto artes de encantamiento. De tal modo he cambiado, que, cuando yacía enfermo, más de una vez se me ocurrió pensar: si Ligia se pareciese á cualquiera de las mujeres romanas, si como ellas fuese depravada, cruel y ligera, no la amaría como la amo. Pero, si precisamenté la amo por el mismo motivo que nos separa, excuso decirte qué caos ha de haber en mi cerebro y en medio de que tinieblas he de vivir.

«No saldré de Roma. Me sería insoportable la compañía de los augustales; el único consuelo á mi dolor es no estar lejos de Ligia y tener la convicción de que, por conducto del médico Glauco, que ha prometido venir á verme, ó de Pablo de Tarso, podré de cuando en cuando tener noticias de ella. No, no saldría de Roma aunque me ofreciesen enviarme de gobernador á Egipto. He ordenado levantar un monumento fúnebre á Gulón, aquel esclavo á quien quité la vida en un acceso de cólera. Demasiado tarde me he acordado de que me llevó en brazos cuando yo era niño; de que me enseñó á poner la flecha en el arco. No alcanzo á comprender porque su recuerdo despierta en mi alma el sentimiento de la piedad, ó, más bien, remordimientos.

«Si lo que te escribo te sorprende, ten por cierto que también me sorprende á mi; pero te digo la verdad escueta.»

VII

Petronio, confiado en que el César daría orden de regresar á Roma de un día á otro, no contestó la carta de Vinicio.

Por fin Elio, liberto de Nerón, anunció al Senado el retorno del César. La noticia se extendió rápidamente por la Ciudad, alborozando á la plebe, aburrída por falta de diversiones y ávida de repartos de trigo y de aceite, substancias acumuladas en cantidades enormes en los depósitos de Ostia.

Pero Nerón no se daba ninguna prisa en volver, y habiendo embarcado con el cortejo imperial cerca del cabo Miseno, se detenía en las ciudades marítimas, ora para descansar, ora para exhibirse en la escena. En Minturno, donde cantó en público, estuvo algunos días dudando si continuaría el viaje ó volvería á Nápoles para esperar allí la primavera que aquel año, á juzgar por algunas señales, se anticipaba.

Entre tanto, Vinicio permanecía encerrado en su casa, pensando siempre en Ligia y sin ver apenas á otra persona que al médico Glauco, quien le visitaba á menudo, con gran contento por parte del tribuno, porque podía discurrir con él acerca de Ligia. Ignoraba el buen médico el nuevo refugio de la doncella; pero sabía que los ancianos de la comunidad la trataban con entrañable solicitud y afecto paternal. Apiadado de la aflicción de Vinicio, le explicó un día que el Apóstol Pedro había reprendido acerbamente á Crispo por reprochar á Ligia su amor terrenal. Esta noticia hizo palidecer de emoción al joven patricio, pues si bien no pocas veces había sospechado que Ligia le amaba, en el acto la duda desvanecía las esperanzas, mientras que ahora éstas eran fortalecidas por fidedigno testimonio.

«Puesto que Ligia me ama, pensaba, de mi depende hacerla mi esposa, y debo allanar cuantos obstáculos se oponen á ello, reconociendo á su dios, prosternándome ante Jesucristo.» El mismo Glauco le inducía á pedir el bautismo, pero sin asegurarle que con ello recobraría á su amada; advirtiéndole que debía aspirarse á este sacramento por amor á Cristo, no por otras causas. «Es preciso tener el alma cristiana» le decía; y Vinicio, á pesar de que toda contradicción le ponía fuera de

si, empezaba á comprender que Glauco, en calidad de cristiano, no podía hablar de otra manera.

A menudo sentía el deseo de ver y oír á Pablo de Tarso, pues sus discursos le interesaban y conmovían hondamente; pero el Apóstol había marchado á Aricia, y como quiera que se hicieran más raras las visitas de Glauco, Vinicio quedó nuevamente en la soledad. Determinó entonces recorrer otra vez las tortuosas calles de la Suburra y los angostos callejones del *Transtevere* con la esperanza de ver á Ligia, aunque fuese á distancia. Pero en breve esta última ilusión se le desvaneció y de nuevo se apoderaron de su corazón el hastío y la inquietud.

Pero, recobrando los bríos su primitivo temperamento, reaccionó con la misma fuerza con que se retira una ola para estrellarse luego en el acantilado. Se tuvo por un mentecato, pensó que era insensatez quebrarse la cabeza reflexionando sobre cosas que le conducían á estado semejante y tomó la resolución de olvidar á Ligia y de entregarse con afán á todos los placeres. Presentía que era esta la última prueba, y con el ardimiento que le era congénito se arrojó al torbellino de la vida; mas pronto le hastiaron los goces, el remordimiento hizo presa en su alma y se dejó dominar por tan profunda apatía, que no logró sacarle de ella ni siquiera la noticia de haber regresado el César. Petronio tuvo que enviarle la propia litera para conseguir que le visitase.

Vinicio correspondió con displicencia á las muestras de afecto y apenas contestó á las preguntas de su tío; pero al fin las ideas y los sentimientos por tanto tiempo contenidos se desbordaron en un torrente de palabras. Le contó de nuevo, con lujo de pormenores, todos los acontecimientos que le habían trastornado la mente y desgarrado el corazón. Le dijo que se hallaba sumido en un caos, que había perdido el sosiego, el discernimiento y la salud. «En nada hallaba atractivos, en nada gusto; no sabía qué hacer, qué camino seguir. Estaba dispuesto á venerar á Cristo; comprendía la elevación de su doctrina; pero al mismo tiempo uno y otra le inspiraban honda repulsión, porque, á su entender, caso de que Ligia hubiese accedido á ser suya no la habría poseído por completo, viéndose obligado á compartir con Cristo su posesión. En suma, su vida era un conjunto de incertidumbres y desilusiones; no tenía esperanzas en el porvenir, ni en la dicha. Andaba á tientas en las tinieblas y en vano buscaba una salida...»

Escuchábale Petronio con atención, fijándose en el rostro desencajado del joven, en el ademán torpe de sus brazos que realmente parecían tantear en la obscuridad.

Terminado el relato, estuvo Petronio un momento pensativo; pero luego se acercó á Vinicio, y señalándole con el dedo la sien dijo:

— ¿Sabes que asoman ya canas en tu cabeza?

— Es posible — contestó Vinicio; — y no me sorprenderá despertar un día con toda la cabeza blanca.

Era Petronio un verdadero pensador y con frecuencia meditaba acerca del alma y de la vida humana; pero se detenía siempre en la superficie, en los accidentes externos venturosos ó desgraciados, sin penetrar nunca en la esencia de la vida. Para él así como el rayo ó el terremoto podían destruir un templo, de la misma manera una desventura podía quebrantar la existencia individual; mas la existencia misma continuaba desenvolviéndose en línea recta, armónicamente bajo los fenómenos exteriores. Las palabras de Vinicio envolvían nuevas ideas, y por primera vez en su vida Petronio se encontraba frente á frente de una serie de misterios que nadie hasta entonces había resuelto. Se hizo cargo de la trascendencia y gravedad de tales dudas; pero, sintiéndose incapaz de hallar á las mismas respuesta satisfactoria, dijo después de larga pausa:

— Por fuerza ha de haber en todo esto artes de hechicería.

— Así lo he creído yo — contestó Vinicio. — Muchas veces he pensado que ambos éramos víctimas de un bebedizo.

— ¿Y si fueras á consultar á los sacerdotes de Serapis? No hay duda que la mayor parte de ellos son unos embaucadores; pero algunos han descubierto impenetrables secretos.

Decía esto Petronio sin convicción, en tono de inseguridad, porque no se le ocultaba que semejante consejo en sus labios había de sonar á mofa.

Vinicio, pasándose la mano por la frente, repuso:

— ¡Hechicerías!... He visto brujas que sabían utilizar las fuerzas subterráneas en provecho propio; otras que las empleaban en daño de personas por ellas odiadas; pero los cristianos viven en la pobreza, perdonan á los enemigos, predicán la resignación, la virtud y la misericordia... ¿Para qué les servirían los hechizos!... ¡Ah, no!...

Petronio, que ya empezaba á irritarse por no saber que contestar á estos razonamientos, exclamó:

—Se trata de una nueva secta...

Después de breve pausa prosiguió:

—Juro por la divina soberana de los bosquecillos de Pafos que las doctrinas cristianas son opuestas á la vida. Tú te asombras de la bondad y de las virtudes de esa gente y yo la creo malvada porque conspira contra la existencia cual las enfermedades y aún la misma muerte. ¡Sólo nos faltaban los cristianos para que nuestra felicidad fuera completa! Cuenta las calamidades que nos afligen: las dolencias, el César, Tigelino, los versos de Nerón, los zapateros que gobiernan á los descendientes de los quirites, los libertos que invaden el Senado... ¡Por Cástor, que ya tenemos bastantes! ¡Vaya, te repito que es una secta perniciosa, abominable!... ¿No has intentado sacudirte ese negro humor entregándote á los goces de la vida?

—Lo he intentado.

Después de otra pausa continuó Petronio:

—¡Así el Orco se tragara á todos los cristianos! Te han vuelto del revés. Han aniquilado en tu corazón el sentimiento de la vida. Te engañas de medio á medio con suponer esta doctrina bienhechora. Sólo es bueno lo que nos da la felicidad, esto es, la belleza, el amor y la fuerza; esas cosas á las que tus cristianos llaman vanidades. Te engañas también al reputarlos justos. Si devolvemos bien por mal, ¿qué daremos por el bien? Y si en ambos casos es idéntica la sanción, ¿qué ganarán los hombres con ser buenos?

—No, la sanción no es idéntica; pero empieza, según su doctrina, en la vida futura, que es eterna.

—No quiero discutir sobre este punto porque no podremos comprobarlo hasta más adelante, si es que se puede comprobar alguna cosa... cuando no se tienen ya ojos. Pero ten por seguro que tus cristianos no pasan de ser unos majaderos, y el porvenir no ha pertenecido nunca á los imbéciles.

—La vida no comienza para ellos hasta el momento de la muerte.

—Es como si me dijeran que empieza el día al anochecer. ¿Tienes empeño en apoderarte de Ligia?

—No, no puedo devolver mal por bien; he jurado no hacerlo.

—¿Tienes intención de abrazar la doctrina de Cristo?

—Bien lo quisiera; pero mis instintos se oponen á ello.

—¿Y no te sientes capaz de olvidar á Ligia?

—¡No!

—En este caso debes emprender un viaje.

El coloquio fué interrumpido por un esclavo el cual anunció que el almuerzo estaba servido. Petronio, convencido de haber dado en el blanco, agregó al hallarse en el *triclinio*:

—Has viajado mucho, pero como soldado; por los lugares á que te destinaban y sin deternerte apenas. Ven con nosotros á Grecia. El César no ha renunciado todavía á sus propósitos. Se detendrá en todas las ciudades, cantará, recogerá buena cosecha de coronas, saqueará los templos y volverá, en fin, como triunfador. Será este viaje algo así como el triunfo de Baco y Apolo encarnados en una sola persona. ¡Por Cástor! ¡No te niegues á asistir á tamaño espectáculo! No ha visto el mundo todavía nada semejante.

Y, mientras esto manifestaba, un esclavo le ceñía la frente con una corona de anémonas.

—¿Qué has visto—dijo, continuando su discurso—durante el tiempo que has estado al servicio de Corbulón? ¡Nada! ¿Has visitado detenidamente los templos griegos, como lo hice yo durante dos años, ilustrándote con las explicaciones de los guías? ¿Has estado en Rodas, para ver la base del célebre Coloso? ¿Has visto en Panópea de Fócida la arcilla de que se sirvió Prometeo para crear al hombre, y en Atenas la famosa coraza sármata formada de cascos de caballo, y en Eubea la nave de Agamenón? ¿Viste Alejandria, Menfis, las pirámides, los cabellos que Isis se arrancó al llorar la pérdida de Osiris? ¿Has oído los gemidos de Memnón? El mundo es muy vasto; no está reducido á los límites del *Transtevere*. Pienso acompañar al César y á la vuelta detenerme en Chipre para ofrecer en Pafos una ofrenda de palomas á Venus; ven tú también á Chipre, pero acuérdate de que antes debes dejarte ver del César. No has estado allí todavía y esto puede perjudicarte; Tigelino es muy capaz de aprovechar esta circunstancia para indisponer á Nerón contra ti. No creo que personalmente te odie, pero basta que seas mi sobrino para que no te ame. Diremos que has estado enfermo. Es preciso también determinar que se le ha de responder al César si te pregunta por Ligia... Le dirás, encogiéndote de hombros, que no sabes nada de ella. Puedes agregar que la enfermedad te ha retenido en casa; que se exacerbó ésta á consecuencia del disgusto de no poder marchar á Nápoles para oír su canto, y que te ha devuelto la salud la esperanza de oírlo en otra ocasión. Exagera cuanto quieras,

que por ese lado no pecarás. Tigelino ha prometido organizar en honor del César algo, no sólo extraordinario, sino estupendo... Temo siempre de ese hombre alguna traición; pero más me preocupa tu estado de ánimo.

—¿Sabes— dijo Vinicio— que hay hombres que no temen al César y que viven tan tranquilos como si éste no existiera?

—Sé de quien hablas; de los cristianos.

—¡Si! Únicamente ellos... En cambio nuestra vida es un continuo sobresalto!

—¡Déjame en paz!... No temen al César porque éste hace tanto caso de ellos como de las hojas que el viento arrastra. Te repito que son unos mentecatos; tú mismo lo reconoces y te repugna seguir su doctrina, precisamente por su estolidez; tú eres hombre de otra indole. ¡Vaya, no te acuerdes, no me hables más de esa gente! ¡Nosotros sabemos vivir y morir! Lo que ellos sepan hacer... nadie puede decirlo.

Impresionaron estas palabras á Vinicio, el cual, regresando á casa, se puso á reflexionar si, en efecto, la bondad y la misericordia de los cristianos podrian ser prueba de pobreza de espíritu. Antojósele en aquel momento que los caracteres fuertes, los bien templados no podian perdonar, y se preguntó si no seria éste el motivo de la repulsión que su naturaleza de romano sentía hacia la nueva fe. «¡Nosotros sabemos vivir y morir!» habia dicho Petronio. ¿Y ellos?... Ellos no sabian más que perdonar; pero no sentian ni verdadero amor, ni odio.

PARTE CUARTA

I

Nerón, desde su vuelta á Roma, estaba malhumorado y muy pronto se le renovó el deseo de emprender el viaje á Acaya. Mandó entonces publicar un edicto, en el cual anunciaba que su ausencia no seria de larga duración y que los negocios de Estado no saldrian con ella perjudicados.

Acompañado de los augustales, entre los que figuraba Vinicio, se dirigió después al Capitolio para hacer sacrificios á los dioses é impetrar su protección en el próximo viaje. Pero al día siguiente, hallándose en el templo de Vesta, ocurrió un hecho que le movió á modificar sus planes. Nerón, en el fuero interno se burlaba de los dioses; pero como hombre supersticioso los temía, y al encontrarse ante la misteriosa deidad en cuyo templo ardía siempre el fuego sagrado, se le erizaron los cabellos, se le contrajeron las mandíbulas, estremeciéndose de pies á cabeza, y cayó desvanecido en los brazos de Vinicio que casualmente se hallaba á su espalda. Fué transportado inmediatamente al Palatino, y, aunque recobró pronto el sentido, quiso guardar cama todo el día.

Los cortesanos quedáronse asombrados al oírle manifestar que aplazaba el viaje porque la diosa le habia aconsejado que no se diera prisa en realizarlo. Una hora después se esparcía por Roma la voz de que el César, apesadumbrado por la tristeza que la nueva de la expedición habia producido á todos los ciudadanos, determinaba quedarse, para compartir con ellos las alegrías y las tristezas. El pueblo, alborozado por esta resolución, presagio de juegos y repartos de trigo, se aglomeró frente á las puertas del Palatino y aclamó á Nerón. Este se hallaba jugando á los dados cuando oyó el clamoreo.